



LECTURA
SEMANAL Y
POPULAR

10
Cents.

AÑO I. NÚM. 28

ORTEGA & FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

**AÑO I SEMANAL PRE-
NÚM. 28 CIO:
11 MAYO POPULAR 10
1926 CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

—Si queda algún recurso...

—Esta mañana al levantarme decidí tomar el negocio por mi cuenta, y me parece que no debo arrepentirme.

—Caballero, explicaos, porque, como no encuentro ninguna buena solución, me parece imposible que hayáis adelantado nada.

—He visto al comendador.

Arrugóse el entrecejo de la dama, que preguntó:

—¿Y le habéis hablado de Consuelo?

—Sí.

—Supongo que no estará dispuesto a reconocerla como hija.

—Asegura que no; pero no es eso precisamente lo que yo deseaba.

—Decid.

—Hemos discutido largamente; y como la razón está de mi parte, he triunfado al fin.

—¿Que habéis triunfado?

—Muy pronto tendréis la prueba.

—¡No comprendo!

—Ahora de vos solamente depende la dicha de Querubín.

—¡De mí depende su dicha! ¡Ah! ¡Si eso fuera cierto!

—No lo dudéis; y en cuanto a Leandro, hemos ganado mucho terreno.

Una leve, muy leve, aunque muy amarga sonrisa desplegó la condesa.

El señor de Guevara se sintió un si es no es mortificado, porque la sonrisa de la dama era de duda.

—Señora, no soy vanidoso, pero me parece que para algo puedo servir.

—Para mucho; para todo, menos para una cosa.

—¿Y eso?...

—Sois impotente para luchar con el comendador Saavedra.

—¿Impotente? ¡Vive el cielo! ¡Perdonad, señora! ¡Oh! ¡Ese enemigo tan terrible ha tenido que doblar la frente, ha sucumbido!

—¡Bella ilusión!—murmuró la condesa con irónico acento.

—No son ilusiones las palabras terminantes, las promesas que bajo la fe de su honor hace un hombre como don Pedro de Saavedra.

—Puedo equivocarme; pero no lo llevéis a mal si dudo.

—He dicho antes que todo depende de vos.

—Pues si de mí depende...

—Os lo probaré.

—Vuelvo a escuchar, caballero.

—Dice el comendador que en lo del casamiento de su hija con don Leandro tiene empeñada su palabra, y nada le está permitido hacer sin olvidar sus deberes de buen caballero.

—Muy bien.

—Con vos no más tiene adquirido ese compromiso, así como vos lo habéis adquirido con él.

—Tiene razón.

—Por su parte os releva de todo compromiso, declarando terminantemente que ningún derecho tendría para quejarse; pero falta que vos, imitando su noble proceder, le devolváis también la libertad.

Fijó la condesa una mirada profunda en el caballero. Éste aguardó con ansiedad la respuesta.

Hubo algunos instantes de silencio, que la dama rompió para decir lentamente:

—¿Espera el comendador que yo le reconozca el derecho de disponer a su antojo de la mano de su hija, con-

siderando que ha terminado nuestro compromiso y reconociendo a la vez que ha sabido cumplir sus deberes ?

—Ni más ni menos.

—¡Ya empiezo a comprender!

—Eso depende de vos, y viendo estáis que he sido exacto.

—Por lo menos, así lo creéis de buena fe, y, por consiguiente, nada más puedo pedir.

—¡Señora!...

—¿Tenéis la seguridad de conocer perfectamente al comendador Saavedra ?

—Sí.

—¡En eso consiste vuestro error!

—Aun suponiendo que no le conozco bastante, la cuestión es mía.

—¡No!

—Adquiere un compromiso con quien puede pedirle cuentas de su proceder.

—Pero lo adquiere con una condición.

—Principia por renunciar a los derechos que vos misma le habéis dado con vuestras promesas.

—¿Y luego ?

—Como es natural exige que vos hagáis la misma renuncia y que le consideréis libre también.

Dos llamaradas se escaparon de los negros y magníficos ojos de la madre de Leandro.

—¡Miserable!—murmuró con voz sorda.

—Me parece que ahora no hay razón para acusar a don Pedro.

—¡No, vos no podéis acusarle!

—Y en cuanto a vos nadie os impide decidir.

—¡Es verdad!

—Decidme que devolvéis al comendador la libertad...

—El asunto es muy grave para resolverlo sin meditación.

Lo que sorprende aturde, y aturdido se sintió el señor de Guevara.

Había creído que la condesa no vacilaría, puesto que tan vivos deseos había mostrado por la dicha de Querubín, ayudándole además en cuanto le había sido posible.

Si ella había empleado toda su influencia, su talento y todos los recursos para impedir el casamiento de María con Leandro, no se comprendía que vacilase cuando se trataba de hacer imposible de una vez y para siempre aquella unión.

El señor de Guevara se había olvidado del misterio de la vida de la condesa; a no suceder así, no se hubiera entregado a tan risueñas ilusiones.

Inmóvil y mudo quedó el buen caballero.

Con expresión de extrañeza profunda fijábase su mirada en la condesa.

Ésta se oprimió el pecho, exhaló un penoso suspiro y elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

—¡Comprendo perfectamente la situación!—dijo después de algunos minutos.

—Si la comprendéis...

—Meditaré.

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor de Guevara sin poder contenerse— Mil veces daríais la vida por que vuestro hijo quedase en libertad, pudiendo así tener la esperanza de ser dichoso algún día; y cuando podéis conseguirlo sin más trabajo que el de pronunciar una palabra...

—Dudo, vacilo. No; no podéis comprender esto.

—¡Nadie lo entendería!

—¡Sólo Dios!

—¡Otra vez el misterio!

—¡Me atormentáis horriblemente, señor de Guevara!

—¡Oh!

—No os equivocáis al creer que mil veces daría la

existencia por un solo momento de dicha para mi hijo Leandro.

—Entonces...

—Y, sin embargo, le niego esa dicha.

—Si no me he vuelto loco...

—No, caballero.

—De todo ello resulta que tenéis mayor empeño que el señor de Saavedra en que vuestro hijo se case con María.

—Así parece.

—Y, sin embargo, no es así, puesto que habéis hecho cuanto es imaginable para impedir ese casamiento; de lo cual se deduce...

—Que quiero ante todo la dicha de mi hijo.

—¿Es decir, que queréis dos cosas contrarias?

—¡Sí! ¡Como el que desea al mismo tiempo avanzar y retroceder; como el que ama la vida y busca al mismo tiempo la muerte sin querer morir!

—¡Eso es inconcebible!

—Para vos.

—¡Y es irrealizable!

—Ya lo sé.

—Pues si estáis convencida de que no habéis de conseguir dos soluciones completamente opuestas...

—¡Por eso sufro como no ha sufrido ninguna criatura!

—Si al menos explicaseis lo que nadie ha podido entender...

—Me sería preciso revelar el secreto que tengo que guardar. No sé por qué os sorprendéis, señor de Guevara, puesto que no he ocultado que hay un misterio, y que antes de darle a conocer consentiría morir.

—¿Pero qué debemos esperar?

—¡No lo sé!

—Alguna resolución adoptaréis.

—Sí.

— ¡Pues hacedlo ahora!

— ¿Queréis privarme de algunas horas de esperanza ?

¡Eso sería una crueldad!

Esto lo dijo la condesa con voz ahogada.

El cababallero se sintió conmovido.

Se convenció de que era completamente inútil prolongar aquella conversación.

Había creído llevar la dicha a Querubín y a Leandro, había creído triunfar, y se encontró con que ni un solo paso había conseguido adelantar.

Mortal palidez cubría el rostro de la condesa.

No se le ocultaba que los sucesos de la noche anterior habían precipitado el desenlace, pues don Pedro, sin medios para defenderse contra tanto enemigo, había llegado al período de la desesperación, que era el temible.

Hasta entonces se había mostrado dispuesto, si no a transigir, a esperar; pero ya no concedería ni un momento más.

¡Pronunciar el fallo!

Esto era demasiado horrible para la pobre madre. Nadie hubiera podido resistir como ella resistía.

Cavilaba el antiguo protector de Querubín.

—Creo que para mañana habré decidido—dijo la condesa.

—Entretanto, yo adoptaré las precauciones que más convengan para la dicha de Querubín.

—Su dicha la deseo tanto como vos.

—Es preciso concluir de una vez, y para conseguirlo, pondré en práctica mi sistema.

— ¡Dios os ayude!

— ¡Hasta mañana, señora!

— ¡Hasta mañana!

El señor de Guevara salió del aposento.

Preguntó por don Leandro; pero éste no había vuelto todavía.

—¡Veré a Querubín!—dijo el caballero.
Y se encaminó a la calle de Santiago.

CAPÍTULO XCI

El último plazo

Llegó el momento terrible, y el comendador fue anunciado aquella tarde a la condesa.

Ésta se estremeció violentamente y dispuso que pasara el caballero.

Pálido, sombrío y grave, se presentó don Pedro de Saavedra.

Algo siniestro había en sus ojos aquel día.

—Caballero—le dijo la dama—, adivino el objeto de vuestra visita.

—Me alegro mucho, porque así ahorraremos explicaciones enojosas. Supongo que habéis visto al señor de Guevara.

—Sí.

—Pues, entonces...

—Me he convencido más y más de que sois un miserable.

Contrájose la frente del comendador, que guardó silencio por algunos instantes; pero luego dijo:

—¡No he venido para que me insultéis!

—Yo también sufro que hagáis escarnio de mi dolor.

—Señora, nuestra situación no ha de mejorar porque desahogemos con ciertas palabras nuestra cólera. Nos conviene dominarnos, hablar tranquilamente y decidir lo que pueda sernos más ventajoso. Esto debía concluir porque en el mundo no hay nada eterno. Podréis acusar-

me de todo; pero no diréis que me ha faltado la paciencia, pues por espacio de un mes y otro mes he sufrido toda clase de ataques, de burlas, de ofensas, y he callado sin exhalar una queja. Encerré a mi hija en un convento, y con vuestra ayuda del convento la han sacado, con lo cual, no solamente contrariabais mis deseos, sino que echabais una mancha sobre mi honor. Con grandes dificultades he podido conseguir que nadie trasluzca el horrible secreto de mi desgracia; pero, más o menos tarde, el mundo lo sabrá todo, y entonces, mi honra quedará por los suelos.

—Me he defendido.

—Habéis hecho más, puesto que lo que anoche sucedió...

—No es obra mía.

—Ello es que sin cesar me dan terribles golpes.

—Todo ello podéis evitarlo fácilmente.

—Sí, dejando que mi hija se case con el desdichado a quien ama; ¿no es verdad? ¡Para hacerlo así sería menester que yo hubiese perdido la razón! No olvido quién soy, señora; no olvido lo que debo a mi ilustre nombre.

—Si para triunfar no cometieseis un abuso horrendo...

—Hago uso de las armas que la casualidad ha puesto en mis manos.

—¿Cómo llegasteis a conocer el secreto de mi desgracia?

—Cómo llegué a conocerlo no es lo que os importa, sino el resultado. Ello es que lo conozco, y hoy tengo una prueba más, puesto que don Juan de Monzón ha reconocido solemnemente a vuestro hijo.

—Supongamos que una casualidad, como vos decís, os dio a conocer el secreto de mi desgracia, y esto es lo que más os honra.

—¿Qué adelantáis con hacer esa suposición?

—Que, aun así, resultará siempre que cometéis un abuso.

—Pues bien; lo cometo—replicó el anciano con cinismo repugnante—. ¿Queréis que reconozca que soy un miserable, indigno de la consideración de los hombres honrados? Lo reconoceré, y así evitaremos discusiones inútiles.

—Si no tenéis conciencia...

—Cuando se trata de este asunto, tampoco tengo corazón.

Creyó la condesa que se rebajaba continuando la conversación en el mismo sentido, y replicó:

—¡Concluamos!

—Para concluir he venido.

—Al señor de Guevara le habéis hecho una promesa.

—Que sabré cumplir.

—¿Desistiréis si yo desisto?

—Eso es.

—Pues, entonces...

—Vos no desistiréis, señora, porque yo haría uso del secreto.

—¡Oh!

—Habéis querido echar sobre mí toda la responsabilidad, y yo quiero que caiga sobre vos.

Don Pedro llevaba la crueldad hasta el último refinamiento.

El miserable quería que, más que a él, a la condesa culparan Leandro y Querubín.

En apariencia dejaba a la pobre madre en completa libertad, y, por consiguiente, ella sería responsable de cuanto pudiera suceder, puesto que suya había de ser la resolución.

¿Le quedaba a la infeliz algún medio de defensa?

Ninguno.

—Procuraré atormentaros lo menos posible—repuso el

comendador—; pero es absolutamente preciso que se concluya de una vez. Luego os consolaréis con hacerme sufrir, divulgando el secreto que vuestro hijo Querubín ha conseguido averiguar; pero eso será cuenta mía: tendré paciencia y me resignaré.

—¡Sacrificar mis dos hijos!

—Pues sacrificad vuestro honor, arrojando todas las consecuencias con vuestro esposo.

—¡Dios mío!

—Y no apeléis a las súplicas, porque ya os he dicho que cuando se trata de este asunto no tengo corazón, así como tampoco me remuerde la conciencia. Cometisteis una falta, y no hay nada más justo que la paguéis!

—¡Demasiado cara!

—Os recordaré que es inútil que intentéis pedir ayuda a don Juan de Monzón, pues apenas llegue él a pedirme cuentas de mi proceder, el secreto de vuestra deshonra será conocido. Don Juan me matará, no lo dudo; pero mi muerte no ha de servir para que pongáis a salvo vuestra reputación. Y lo mismo que acabo de decir de vuestro antiguo amante digo también de vuestros hijos y del señor de Guevara; de todo lo cual resulta que debéis emplear vuestra influencia en evitar que a mi persona se dirijan cierta clase de ataques.

—¡Comprendo!

—He aguardado, sin conseguir más que ser blanco de vuestros ataques, y la situación se hace más difícil cada día. ¿Por qué he de dar lugar a nuevas complicaciones? Somos mortales, y dejar que pase el tiempo es exponerme a que la muerte desbarate mi bien combinado plan. El día que yo exhale el último suspiro, quiero que mi hija legítima esté casada con vuestro hijo don Leandro; y como soy bastante viejo...

—¡Basta!—interrumpió la condesa, que hacía sobrehumanos esfuerzos para sostenerse.

- ¡Dentro o fuera!
- Bien; dejadme, reflexionaré, y...
- ¡Tiempo sobrado habéis tenido para reflexionar!
- Mientras he tenido alguna esperanza, mientras he creído que os arrepentiríais...
- ¡Os habéis equivocado!
- ¡Ya lo veo!
- Un plazo os concederé; pero breve.
- Pero no olvidéis que mientras vuestra hija no parezca...
- Eso depende de vos, señora.
- Ignoro dónde se encuentra.
- ¡Ya la buscaréis!
- ¿Y si nada consigo?
- ¡Peor para vos!
- Hacerme responsable de lo que no es culpa mía...
- Será una injusticia más, que estoy decidido a cometer.
- Nadie más que mi hijo Querubín sabe dónde vuestra hija se encuentra.
- Preguntádselo.
- ¡Se niega a decírmelo!
- Suplicadle.
- ¡No me escucha!
- Pues si otro medio no tenéis, dadle a conocer vuestra situación, y, no lo dudéis, para salvar vuestra honra, sacrificaré su porvenir.
- Por mucho que mi honra le interese a Querubín, como ignora que soy su madre...
- Decídselo.
- ¡Imposible, imposible!
- ¡Pues haced lo que mejor os parezca!—repuso el anciano poniéndose en pie.
- ¡Sois implacable!
- Me obligan las circunstancias.

—Habéis hablado de la muerte...

—Y me parece natural que la pidáis a Dios para mí.

—¡No, caballero, os lo juro! ¡Yo sí la deseo como la única dicha, como la suprema felicidad, porque la muerte es el descanso, y porque en el otro mundo encontraré justicia!

—Tres días tenéis, señora.

—¡Tres días!

—Es el mayor plazo que puedo concederos.

—¡Gracias, comendador!—respondió la infeliz madre con amarga ironía.

—Volveré para saber lo que habéis decidido.

—¡Quiera Dios que no encontréis más que un cadáver!

—Sois joven, y no es probable que suceda así.

—Pero tengo momentos de desesperación, de verdadera locura...

—Sois buena cristiana, y no atentaréis contra vuestra vida.

—¿Habéis pensado bien que no es solamente la desdicha de mis hijos la que labráis, sino también la de vuestras hijas?

—Ellas se resignarán y concluirán por ser felices, porque ha de llegar un día en que comprendan que les he hecho un gran beneficio.

—¡Sí, serán tan felices como yo!

—Vuestra mayor desgracia consiste en haber olvidado vuestros deberes, en haberos dejado arrebatado por una pasión.

Imposible parecía que la condesa pudiera dominarse. No pronunció una palabra más; pero fijó una mirada terrible en el anciano.

Éste, seguro del triunfo, se encogió de hombros con fría indiferencia.

—¡El cielo os guarde!—dijo.

Y salió con la cabeza erguida y golpeando el pavimento con su largo bastón.

Un grito desgarrador dejó escapar la condesa.

¿De qué le servía el plazo que le concedía su cruel enemigo ?

Tal vez hubiera sufrido menos la desdichada si el comendador la hubiese obligado a decidir inmediatamente.

Aquellos tres días debían ser el tormento más espantoso.

La pobre madre no tendría quizá fuerzas para resistir.

Debía sostener una lucha que apenas se concibe.

¿Sacrificaría la felicidad de sus hijos ?

¿Sacrificaría su honor ?

No es posible adivinarlo.

Cualquiera que fuese su resolución, había de producir los más tristes resultados.

Todos sufrirían mucho.

¿Qué le importaría a Leandro tener el amor de Consuelo, si esta dicha la compraba a costa del honor de su madre ?

¿Cómo había de ser dichoso Querubín si su madre era desgraciada ?

Y también era para los dos imposible la felicidad si hacían el sacrificio de su corazón para salvar el honor de la condesa.

Se habrían horrorizado al poder penetrar aquel misterio.

No se concibe tan fría crueldad como la del comendador.

— ¡ Mi honor de esposa, mi corazón de madre ! — repetía la condesa.

Reflexionaba y vacilaba.

— ¡ Puesto que he sido débil, puesto que yo cometí la

falta, yo la sufriré, y que se salven mis hijos!—decía unas veces.

Empero luego pensaba que sus hijos sufrirían mucho más viendo deshonrada a su madre.

No había exagerado al decir que la muerte era su dicha única.

Con su muerte hubiera quedado resuelta la situación.

Esta esperanza no podía ser más triste, más espantosa, y, sin embargo, era la más risueña.

Al oscurecer de aquel día, Leandro quiso conferenciar con su madre; pero no consiguió ni más ni menos que el señor de Guevara.

Entretanto Querubín decía:

—He conseguido conocer el secreto de la pobre Mariana, lo cual a todos les parecía imposible. ¿Por qué no he de conseguir lo mismo en cuanto al misterio de la infeliz condesa? ¡Si lograra descubrirlo!... ¡Oh! La situación cambiaría completamente. Preciso es hacer algo. ¿No encontraré un medio?

Y el mancebo cavilaba; pero su ingenio no quería sacarle del apuro en aquella ocasión.

Algo haría, porque era imposible que se declarase vencido ni que permaneciera en la inacción.

CAPITULO XCII

Lo que determinó Querubín

Aquella noche se reunían Querubín, su padre, el señor de Guevara y Leandro para conferenciar y buscar un medio de hacer frente a todas las dificultades y poner término feliz a la situación.

Bien pudiera decirse que buscaban un imposible.

Hablaron largamente del misterio de la conducta de

la condesa; pero sobre este punto nada pudieron adivinar.

Preguntaron a Leandro qué haría si su madre se obstinaba en obligarle a que se casase con María; pero el desgraciado joven no acertó a responder: no se atrevía a decidirse, porque la resolución dependía de las circunstancias.

Estaba convencido del amor de su madre, convencido de que ésta sacrificaría por él la vida, deduciendo de esto que muy graves debían de ser los motivos en que se fundaba la condesa cuando tan tenazmente exigía que su hijo se casara con una mujer a quien no amaba y de la que tampoco debía esperar amor.

Razones de gran peso eran éstas para Leandro; pero no podían serlo para Querubín.

Estaba enamorado ciegamente, su amor era lo que para él tenía más valor en el mundo, y antes que renunciar a la satisfacción de su anhelo, hubiera renunciado mil veces a la existencia.

¡Olvidar a María!

¡Verla en brazos de otro!

¡Jamás!

Graves serían los motivos que impulsaran a la condesa; pero nada había que para Querubín tuviese importancia cuando se trataba de su amor.

Hablábanle a Leandro de su madre, y, como buen hijo, vacilaba.

Tenía Querubín demasiada inteligencia y era sobradamente astuto para que se le ocultara lo que debía resultar de situación tan extraña, pues no había que contar con el hijo de la condesa sino hasta que las cosas llegasen a cierto punto.

¿No le convenía obrar por su propia cuenta al hijo de don Juan?

Reflexionó y creyó que sí.

—Escuchadme—dijo.

—¿Te ocurre alguna buena idea?—preguntó el señor de Guevara.

—Hace dos horas que hablamos, y todo se reduce a comentar lo sucedido, sin que tracemos un plan, sin que nadie haga una proposición que parezca conveniente.

—Si la condesa sigue en su empeño...

—Seguirá; no lo dudéis.

—En ese caso...

—Debe cada cual hacer lo que mejor le parezca. Yo por nada del mundo he de renunciar a la mano de María, y, por consiguiente, me creo autorizado para aprovechar la primera ocasión que me sea favorable.

—¿Qué harás?

—Aún no lo sé; pero os advierto lealmente que si me favoreciese cualquier circunstancia, no la dejaría pasar.

—Todo eso es muy vago.

—Desde mañana lucharé frente a frente.

—¡Frente a frente!—murmuró Leandro con extrañeza.

—Por mi parte acabará el misterio, y el comendador sabrá que yo soy el amante de su hija.

—¡Querubín!

—Estoy resuelto, y no retrocederé.

—¿No has pensado?...

—¡En todo!

—En vez de ganar, vas a perder.

—Es posible; pero saldremos de dudas, acabaremos de una vez.

—¡Vive el cielo!—exclamó entusiasmado el señor de Guevara.

Y después de abrazar a Querubín, le dijo:

—¡Bien, muy bien! ¡Las situaciones deben ser claras! ¡Vencer o morir! ¡Rayos de Satanás! ¡Cuenta conmigo, porque, al fin, este asunto ha de terminar según tengo pronosticado! Será menester andar a cuchilladas, y

aquí estoy yo, porque así no será tuya la responsabilidad de lo que suceda. Don Pedro es un miserable; y si esta mañana se mostró conmigo tan complaciente, fue porque ya sabía que no había de ceder la condesa.

—En eso creo que no os equivocáis—respondió Leandro.

—La prueba está en que ha ido a visitar a vuestra noble madre.

—Yo la he visto después sufriendo horriblemente, como nunca ha sufrido, aunque se esforzaba para ocultarlo.

—Me pidió un plazo de tres días.

—¿Sabéis lo que eso prueba?—preguntó Querubín.

—No es difícil adivinarlo.

—Un plazo habrá fijado también el comendador a la condesa.

Escuchaba don Juan de Monzón y guardaba silencio.

Su frente se contraía cada vez más.

Reflexionaba, hacía suposiciones, y deducía lo que se aproximaba mucho a la verdad.

Aquella madre, queriendo sacrificar a su hijo, a la vez que se empeñaba en salvarle; aquel misterio que ella no descubría, pero que tampoco negaba, era para don Juan prueba evidente de que a la condesa la habían puesto en una alternativa la más horrible. ¿Qué clase de alternativa era?

¿Hay para una madre nada que tenga valor cuando se trata de la felicidad de sus hijos?

Y no era solamente a uno de éstos a quien sacrificaba, sino a los dos, puesto que al casarse María con Leandro, Querubín sería la más desdichada de las criaturas.

Por este camino siguió haciendo deducciones don Juan de Monzón.

Tal vez adivinaría la verdad; y si no la adivinaba, era

posible que obligase a revelar el secreto de su conducta a la condesa.

Empero ¿de qué le serviría conseguirlo ?

Siempre el comendador amenazaría con la deshonra de aquella mujer desdichada, y ante la deshonra de ella tendría el señor de Monzón que dominar los ímpetus de su ira y renunciar a la justa venganza que exigía el ruin proceder de don Pedro de Saavedra.

—¿Cuál es vuestra opinión ?—preguntaron a don Juan.

—Todavía no he reflexionado bastante—respondió.

—Sin embargo, podéis decir lo que mejor os parezca.

—Pues bien; me parece por de pronto que mi hijo declare ser el que ama a la hija del comendador.

—¿Y qué creéis que sucederá ?

—No soy adivino.

—¡Estáis reservado, caballero!

—Indeciso, debierais decir; lo cual consiste en que no me agrada proceder con ligereza. Si Querubín ha ocultado antes su amor, era porque, pobre y sin un nombre ilustre, tenía la seguridad de ser rechazado por el orgulloso y ambicioso don Pedro; pero ahora la situación ha cambiado completamente: Querubín se llama Monzón, y es el heredero de una gran fortuna.

—A pesar de eso...

—Don Pedro no le aceptará, ya lo sé; pero tampoco se atreverá a mirarle desdeñosamente, porque si le hace una ofensa...

—¡Tripas de Lucifer!—interrumpió vivamente el señor de Guevara— ¡En ese caso aquí estoy yo para que no se inutilice manchando sus manos con la sangre del padre de María!

—Yo también estoy aquí.

—Pero...

—Querubín es mi hijo.

—¡Yo le he criado!

—Y yo le he dado el ser.

—Y amparado por mí...

—Hoy lleva mi nombre.

—Señor don Juan, si es necesario batirse...

—Discutiremos.

—¡Y seguimos hablando sin decir nada!

—Por mi parte he concluído—dijo Querubín.

—Pero, ¿en qué quedamos?

—Haga cada cual lo que mejor le parezca, sin perjuicio de auxiliarnos cuando sea menester.

—Si en libertad me dejáis—dijo don Godofredo—, no tardará mucho tiempo en salir mi espada de la vaina.

—¡Dios quiera que no sea menester!

La conversación había terminado, sin que nada se hubiera decidido.

Leandro apenas se atrevía a manifestar sus opiniones, porque tenía miedo de colocar a su madre en peor situación de la en que ya se encontraba.

Despidiéronse los unos de los otros. El señor de Guevara salió con el hijo de la condesa, quedando Querubín con su padre.

Entonces la mirada del señor de Monzón tornóse doblemente sombría.

Contempló a su hijo por algunos instantes, diciéndole luego:

—Creo haber adivinado la causa del proceder inexplicable de la condesa.

—¡Ah!

—Pero no me es posible revelarte ese secreto.

—¡Padre mío!...

—Lo único que te diré es que la condesa continuará haciendo toda clase de esfuerzos para que Leandro se case con María.

—¿A sabiendas de que le hace desgraciado?

—Sí.

— ¡Oh!

— Y de tal modo le obligaré, que muy pronto has de ver que don Leandro no resiste, se somete a todo, abandona a la infeliz Consuelo, y se casa para sufrir horriblemente.

— ¡Por conocer ese secreto!...

— Lo conocerás algún día, y entonces compadecerás a esa mujer, tan desgraciada como sublime.

— ¡Desconsoladoras son vuestras palabras, padre mío!

— Eso no quiere decir que dejes de luchar.

— Por de pronto, y si me dais vuestra licencia, veré al comendador.

— Con una condición tienes mi licencia.

— ¿Cuál?

— Que luego has de decirme palabra por palabra todo lo que haya dicho don Pedro.

— ¡Descuidad!

— Y has de prometerme por tu honor que me obedecerás ciegamente, cualquiera que sea mi determinación.

— Os lo prometo, padre mío.

— Has de ir también a ver a la condesa para decirle que necesito absolutamente hablar con ella, y que le ruego me proporcione una entrevista secretamente.

— Quedaréis obedecido.

— Nada más me preguntes por ahora, porque no puedo darte más explicaciones.

Querubín inclinó respetuosamente la cabeza y guardó silencio.

Pocos minutos después se acostaban el padre y el hijo; pero no pudieron conciliar inmediatamente el sueño, pues tenían mucho en qué pensar sobre la situación. En aparente calma debía pasar aquella noche.

También la condesa reflexionaba y buscaba en vano remedio a su desdicha.

Leandro, más que pensar en Consuelo, y a pesar de

su amor, reunía sus recuerdos, ocupándose, como otras veces, en los detalles que habían llamado su atención siempre que su madre había hablado de Querubín.

¿Acabaría Leandro por adivinar la verdad, lo mismo que don Juan de Monzón ?

Es posible; pero nada de esto inutilizaba al comendador para llevar a cabo sus planes.

Llegó el día siguiente, y nuestros amigos dispusieron a ponerse en movimiento.

CAPÍTULO XCIII

Querubín descubre el secreto al comendador

Aun no habían dado las diez de la mañana cuando Querubín, lujosamente vestido, se presentó en la morada del comendador.

Al verle sorprendióse Andrés, diciendo para sí:

—¿Qué nuevo giro toma el asunto ? ¿Qué sucede para que este mancebo visite a mi señor ? Nada bueno espero, y, por lo que pueda suceder, me parece prudente hacer lo posible para enterarme de lo que hablan.

Dieron aviso a don Pedro, y éste dispuso que el joven entrase inmediatamente. Le recibió con fría gravedad, preguntándole:

—¿Venís a traerme alguna otra noticia desagradable ? ¿Os envía vuestro antiguo protector, el señor de Guevara ?

—Ni mi protector me envía, ni vengo a deciros nada desagradable, sino todo lo contrario.

—Entonces, debo agradecer la visita.

—No podéis haber olvidado cuanto ha sucedido desde la noche en que intentasteis matar en el jardín al amante de vuestra hija.

— ¡No, no lo he olvidado!

— Habéis hecho toda clase de esfuerzos para averiguar quién es ese hombre que una y otra vez se ha burlado de vos, lo mismo que de vuestro criado.

— Más o menos tarde lo averiguaré, y entonces...

— Nada ganaréis; os lo advierto.

— Tendré el placer de vengar las ofensas que he recibido, de castigar al que tan audazmente ha provocado mi cólera y ha hecho quizá para siempre desgraciada a mi hija.

— Caballero, perdonadme si digo con franqueza la verdad; pero quizá hablamos por última vez en nuestra vida, y no debemos ocultar lo que sentimos.

— Explicaos.

— Cuanto mayor ha sido el empeño con que habéis luchado, más terreno habéis perdido, y las armas que habéis empleado contra nosotros se han vuelto contra vos.

— Aun no se ha decidido la victoria.

— Queriendo abusar de vuestra autoridad sobre vuestra hija, habéis perdido todo poder sobre ella.

— ¡Día llegará en que me desquitaré!

— Había en vuestra vida un secreto que os importaba mucho guardar.

— Señor Querubín, si no habéis venido más que para convencerme de que me encuentro en crítica situación, podéis excusar la molestia. Supongamos que me equivoco. Mejor para vuestros amigos y para vos.

— No he venido para eso; pero necesito recordaros que hasta hoy no habéis conseguido nada de lo que deseabais.

— Contento quedaré si de una vez lo consigo todo luego.

— A trueque de conocer al amante de vuestra hija, me

ofrecisteis darme a conocer a mis padres; y cuando acepté el ofrecimiento, olvidando vuestra promesa...

—¡Hice lo que bien me pareció!—replicó ásperamente el anciano.

—Pero resultó que sin vuestro auxilio encontré a mi padre, y vos salisteis perdiendo, pues no llegasteis a saber quién era el amante de vuestra hija.

—¿Y bien ?...

—Tanta desgracia, tanta derrota, me han movido a compasión.

—¡Señor Querubín!—exclamó don Pedro fijando en el joven una terrible mirada.

—Sí—repuso el audaz mancebo—; os compadezco, señor de Saavedra.

—¡Tened cuidado con lo que decís!

—Mientras sea la verdad, todo puedo decirlo, puesto que hace pocos momentos que para hacerlo así me habéis autorizado.

—¡No adivino lo que os proponéis!

—Me ha parecido justo proporcionar alguna satisfacción a quien tantos disgustos experimenta.

—¡Gracias!—dijo irónicamente don Pedro.

—Algo pudiera yo pedirlos en cambio; pero no lo haré, porque así tendrá doble mérito mi buena obra.

—Y algo pudiera yo también hacer en vuestro obsequio, puesto que no ignoro quién es vuestra madre; pero no esperéis que ese secreto...

—De vos nada espero, ni lo solicito.

—¿Qué clase de beneficio podéis hacerme ?

—¿No tiene para vos mucha importancia saber quién es el hombre que ha conseguido interesar el corazón de vuestra hija ?

—Mucha importancia tiene, y sería inútil que lo negase.

—Pues bien; para deciros quién es ese hombre me

tenéis aquí, y os juro que no he venido para otra cosa.

Una exclamación de profunda sorpresa dejó escapar el comendador.

Abriéronse extremadamente sus ojos, y fijó en Querubín una mirada indefinible.

Lo primero que el anciano pensó era que le tendía un lazo, pues no podía creer que Querubín le revelase el secreto que tanto empeño tenía en guardar.

—Os admiráis; ¿no es verdad?—preguntó el mancebo después de algunos minutos.

—¡Oh!

—No soñáis, caballero.

—Acabáis de decir que habéis venido...

—Para daros a conocer al amante de vuestra hija.

—¡Imposible, imposible!

—Os convenceré de que no os engaño.

—A menos que pronunciéis un nombre cualquiera...

—No.

—Si me presentáis alguna prueba...

—Muchas.

—¡No puedo creerlo!—replicó el anciano.

Se pasó las manos por la frente, y otra vez miró sorprendido a Querubín.

Desplegó éste una sonrisa, y repuso:

—Si no fueseis torpe, ya habríais adivinado la verdad; pero debéis consolaros con que muy torpe ha sido también ese bribón que os sirve, que os ha engañado y que ha de engañaros muchas veces más. De miserable habéis calificado con frecuencia al hombre honrado que ama a vuestra hija, y os habéis forjado la ilusión de que podréis maltratarle como se maltrata al último infeliz, a la criatura más abyecta; pero esas ilusiones van a desvanecerse, porque el pobre diablo que se ha burlado de vos no se deja maltratar, y tiene valor sobrado para pedir estrecha cuenta de las ofensas que le hacen.

—Si es verdad que vais a revelarme ese secreto..

—Verdad es.

—¡Acabad!—dijo el comendador con voz alterada.

Y se contrajo más y más su rostro, nerviosamente pálido.

—Caballero, el hombre que ama a vuestra hija, el que ha de ser su esposo, mal que os pese, el que ha luchado con vos y está decidido a luchar hasta morir...

—¿Quién es, quién es?

—¡Yo!—dijo Querubín levantando orgullosamente la cabeza y mirando a don Pedro.

—¿Vos?—exclamó éste.

—¡Sí!

—¿Vos? ¡Imposible! ¡Oh!

—¡Aquí me tenéis! ¡Ya no me oculto! ¡Castigadme!

—¡Ah!

—¿Queréis pruebas?

—¡No; no las necesito! ¡Sí; vos debéis de ser, porque no hay otro capaz de hacer lo que vos habéis hecho!

—¡Yo; el niño desamparado, el infeliz sin nombre y sin fortuna! ¡Pero ahora me llamo Querubín de Monzón!

—¡Y ahora tampoco os considero digno de ser el esposo de mi hija, porque ignoráis quién fue vuestra madre, y porque vuestra existencia es el fruto de la liviandad, de la deshonra!...

—¡Vive el cielo!—exclamó Querubín poniéndose en pie con los ojos relumbrantes y el gesto terriblemente amenazador—. ¡Ni una palabra, caballero, ni una sola palabra que pueda ofender a mi madre! No soy el fruto de la deshonra, sino de la desgracia; y si esa desgracia no la respetáis, ¡por Dios vivo que no saldré de aquí sino después de haberos arrancado la lengua!

—¡Si no fueseis un niño!...

— ¡No miréis mi poca edad, que si a mi madre ofendéis, no he de mirar yo vuestra vejez!

— ¡Hemos concluído!

— ¡Sí!

— ¡Desistid de vuestro empeño, porque no ha de ser mi hija vuestra esposa, sino de don Leandro de Sandoval!

— ¿Y cómo ha de casarse con don Leandro, si no podéis disponer de vuestra hija? Ya sabéis que yo la saqué del convento, que está en mi poder, y aunque el lugar donde se encuentra lo conoce mi desgraciado amigo...

— Entonces, sabiendo él dónde está María...

— ¡No lo sabrá dentro de dos horas!

— Me prohibís ofender a vuestra madre, y entretanto mancháis mi honra.

— Me habéis obligado.

— ¡Salid, que ya me es imposible dominarme!

— ¡Mirad bien lo que hacéis, caballero!

— He adoptado mi última resolución, y no tardaréis en convenceros de que es muy peligroso provocar mi cólera.

— ¡El orgullo os ciega!

— ¡Oh!

— ¡Adiós; y dentro de tres días veremos quién ha triunfado!

No dijo más Querubín, y salió.

— ¡Dios misericordioso! — exclamó el anciano — ¿Es esto una realidad? Es el hijo de Monzón la causa de todas mis desdichas, y le he tenido tan cerca, y no le he aniquilado. ¡Oh! ¡Pero el triunfo será mío, porque la condesa los obligará a todos! ¡Y si aún resisten, yo pondré a Leandro y a Querubín en la misma alternativa que he puesto a su madre. Tal vez estas conmociones acaben con mi existencia; ¡pero no me importa morir

si antes he tenido la satisfacción de ver cómo sufre ese niño audaz que de mí se ha burlado!

Antes de recobrar la calma, don Pedro llamó a su criado Andrés, que no había podido, como deseaba, escuchar la conversación.

Presentóse Andrés.

—Ya le conozco—dijo el anciano—, ya sé quién es.

—¿Que le conoce vuestra señoría? ¡No comprendo!...

—¡El miserable que de nosotros se ha burlado, el que ha trastornado a mi desgraciada hija!

—¡Señor!...

—¡Hemos sido torpes, Andrés; muy torpes!

—Pero...

—¡Es Querubín!

—¡Querubín!...

—¡Hemos debido adivinarlo!

Sordamente rugió Andrés.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

Sus mejillas enrojecieron como si fuese a brotar la sangre.

Borrasca espantosa agitó su espíritu.

No menos espantosas ideas brotaron en su mente.

—¡Es verdad!—dijo después de algunos momentos con sombría voz— ¡Hemos debido adivinarlo, hemos sido torpes! ¡Pero no solamente mi culpa, sino mi torpeza pagaré, o dejaré de ser quien soy!

—Dentro de tres días, ¡cuéntalos bien!, dentro de tres días verás sufrir a ese niño audaz como no ha sufrido ninguna criatura.

—Breve es el plazo; aunque muy largo para mi sed de venganza.

—¡Ten calma, Andrés!

—Si no os engaña vuestro deseo, si no os forjáis ilusiones...

—¡No!

—De todas maneras, meditaré; y por si no puede realizarse el plan de vuestra señoría...

—Ahora me está prohibido darte cierta clase de explicaciones; pero sí te diré que la condesa tiene que ser esclava de mi voluntad, y por tales medios obligaré a su hijo...

—Piense vuestra señoría que es muy difícil obligar a un hombre que está enamorado.

—¡A pesar de eso!

—Por de pronto, sabemos ya quién es el misterioso amante.

—Como ahora es rico y tiene un nombre ilustre, no se oculta.

—Pero ni las riquezas ni el nombre le hacen invulnerable.

—No quiero que muera, porque he de gozar con su sufrimiento.

—Después que vuestra señoría haya gozado...

—En libertad te dejo para hacer lo que se te antoje.

—¡Gracias, señor!

—Reconozco que tú también tienes ofensas que vengar, y no me parece justo ponerte estorbos.

—¿Y con respecto a la otra?—preguntó Andrés, refiriéndose a Consuelo.

—¡Oh!...

—Si vuestra señoría me dejase...

—¡No, no!

—¡Lo siento!

—¡Esa infeliz muchacha me inspira compasión!

—A mí también; pero como es un gran estorbo...

—¡Quiero que todos la respeten!

Había creído Andrés que en aquellos momentos de arrebató el comendador daría licencia para que a Consuelo se la hiciese otra vez objeto de criminales abusos; pero no sucedió así, con gran sorpresa del sir-

viente, lo cual era para él una prueba de que algo más de lo que se veía había entre el comendador y las dos pobres mujeres de la costanilla de Santiago.

—Espero las órdenes de vuestra señoría— dijo el criado.

—Lo único que tienes que hacer es contar los días.

—Y cuando hayan pasado tres...

—Mi hija volverá, sin que yo me tome la molestia de buscarla, y verás cómo don Leandro viené a decirme que está dispuesto a casarse.

—Esperaré.

—Quiero salir para respirar el aire libre y que se despeje mi cabeza.

Pusieron fin a la conversación.

Diez minutos después don Pedro salía de su casa, tomando calle arriba.

Parecía el hombre más feliz, y, efectivamente, lo era con su esperanza de triunfar en un breve plazo.

Entretanto Querubín se había dirigido a la morada de la condesa para participarle lo que acababa de hacer y para manifestarle el deseo de don Juan de Monzón.

Continuaba el joven muy preocupado, y le desagradaba mucho empezar a ver misterios también en su padre.

Fácilmente hubiera Querubín adivinado la verdad sólo con que alguien le refiriese la historia de los amores de don Juan de Monzón.

Seguiremos al atrevido mancebo.

CAPÍTULO XCIV

Cómo empezó a cambiar la situación

Aunque el atrevido mancebo deseaba ante todo ver a la condesa, preguntó por Leandro, que aquella mañana no había salido, y entró en su aposento, diciéndole:

—He venido a conferenciar con vuestra noble y desgraciada madre; pero, una vez que aquí os encuentro, no quiero irme sin deciros que ya he principiado a poner en práctica mi resolución.

—¿Habéis visto a don Pedro?—preguntó Leandro.

—Sí, he tenido la satisfacción de verle completamente aturdido cuando le dije que yo era el amante de su hija; pero, en cambio, he tenido que sufrir bastante, porque en el transcurso de la conversación recordó el señor de Saavedra que sabe quién es mi madre, y como ese secreto me interesa tanto...

—¡Comprendo!

—Ni siquiera he intentado proponerle que a cambio del secreto que yo le revelaba él me diese a conocer el otro, puesto que no había de aceptar.

—Vuestro padre se muestra muy reservado sobre ese punto, y no podemos dudar de que el comendador conoce la verdad con toda exactitud.

—Así es.

—¿Por qué ninguno de los dos quiere decir quién es vuestra madre?

—En cuanto a mi padre, lo comprendo perfectamente.

—Sí, es muy escrupuloso; y como se trata del honor de una mujer, que quizá tiene un esposo...

—Es lo más probable.

—Pero el comendador...

—¡No lo entiendo!

Leandro inclinó la cabeza y quedó silencioso y pensativo.

Querubín siguió refiriendo todo lo que con el comendador le había sucedido.

Escuchaba distraídamente el hijo de la condesa, y algunas veces ni siquiera entendía lo que su amigo le estaba diciendo.

Algunos minutos después cambiaba de expresión el rostro de Leandro.

Su frente estaba más contraída.

—Ya lo sabéis todo—dijo Querubín poniéndose en pie.

—Y ahora, ¿qué haréis?

—No lo sé todavía; pero no he de darme por vencido. Algo haré que quizá sea contrario a la voluntad o a las resoluciones de vuestra madre; pero colocaos en mi situación, amigo mío: reflexionad y decidme si puedo renunciar a mi dicha mientras me quede un solo rayo de esperanza o un solo medio para luchar. Vuestra madre os ama hasta el punto de que daría por vos la existencia.

—No puede dudarse.

—Desea vuestra dicha, y ha declarado terminantemente que considera a Consuelo digna de vos.

—Sin embargo, me suplica que olvide a Consuelo, y, lo que es más, que me case con María, que es lo mismo que pedirme que haga el sacrificio de mi corazón.

—Y lo mismo que pedir para mí la mayor desgracia, a pesar de que ha dado muchas pruebas de interesarse por mi suerte. ¿Por qué con su noble corazón nos sentencia al más horrible de los sufrimientos?

—Ya lo sabéis, puesto que mi buena madre lo ha dicho.

—¡Sí; guarda un secreto, se somete a circunstancias que no puede dar a conocer!

—Eso es; y nosotros...

—Respeto y respetaré su reserva; pero como se trata de mi dicha, yo no puedo apreciar las razones en que vuestra madre se funda para obrar así: os diré con franqueza que haré todo, absolutamente todo cuanto me sea posible para realizar mi anhelo, y esto mismo haréis vos si en mi lugar os encontraseis.

—¡Entiendo!

—Y así lo declararé lealmente.

—Amigo mío, haced lo que mejor os parezca—se concretó a decir Leandro.

—Sentiré que vos acabéis por someteros también, pues como entonces mostraréis empeño por casaros con María...

—Sucedería que, contra nuestra voluntad, seríamos rivales.

—Sí.

—Pero unos rivales que nunca se mirarían con odio.

—Sin embargo, si llegaseis a ser esposo de María...

—¡Os trastorna la pasión!

—¿Qué sentiríais si vieseis a Consuelo en mis brazos?

—¡Oh!

—¡Dios nos proteja, porque mucha falta nos hace su protección!

La conversación iba tomando un carácter enojoso y de bastante gravedad; para cortarla llamó Leandro y dispuso que avisaran a la condesa.

Pocos momentos después se separaban los dos amigos. Cuando Leandro estuvo solo, se oprimió las sienes, y dijo con el acento de la desesperación:

—¡Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¿Me está permitido penetrar en los secretos de mi madre? ¿Puede justificarse este abuso con las circunstancias? ¡Quizá dentro de algunas horas Querubín y yo seamos rivales; quizá me mire con odio, y también es posible que en un momento de arrebató quiera emplear la fuerza y yo me vea obligado a derramar su sangre o a dejarme matar por él! ¡Esto es demasiado horrible! ¡Oh! ¡Mis sospechas!... ¡No, no!... Pero, ¿cómo don Juan de Monzón parece que adivina la verdad? Y don Juan de Monzón es el padre de Querubín, y este secreto lo conocía el comendador, y, además, mi desgraciada madre... ¡Perdo-

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MAURY	Rullabos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2	"	El bufón por sacrificio	12	"	Rouletabille en Rusia
3	"	¡Por ella!	13	LE ROUGE	El naufrago del espacio
4	"	La astucia de una mujer	14	"	Al astro espantoso
5	"	La venganza del Destino	15	SPITZMULLER	El capitán Lagarde de Jarzac
6	"	El secreto de Mari-Rosa	16	"	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	"	Ultraje Mortal	17	"	La marquesa dolorosa
8	ESTAUNE	Las cosas más	18	"	La favorita
9	G. LEROUX	Bibi, tomo I	19	"	El misterio de miraflores
10	"	" II	20	"	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN PÓRTICA

8,00 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS